

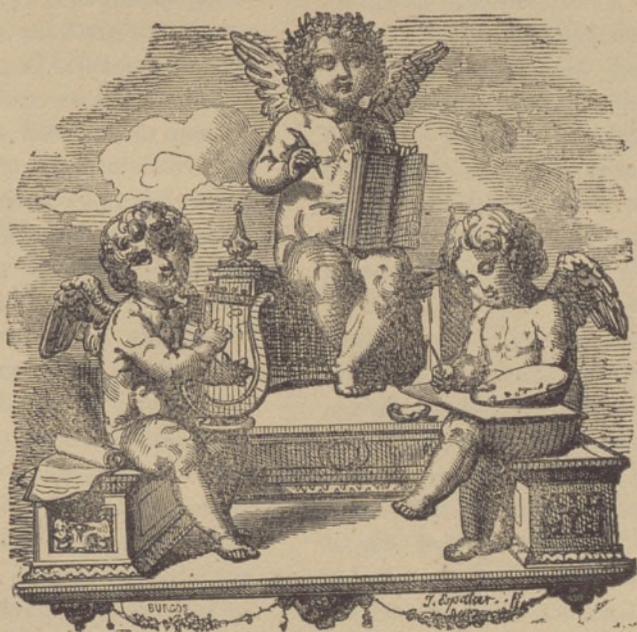
EL RENACIMIENTO

CONTINUACION

DEL PRIMITIVO ARTISTA

Y DEL

BOLETIN ESPAÑOL DE ARQUITECTURA.



Tomo I.—Entrega 12.

MADRID.

IMPRESA DE ALHAMBRA Y COMPAÑIA,
CALLE DEL BURRO, NUM. 4.

1847.

EL RENACIMIENTO

CON UNO

DEL PRIMITIVO ARTISTA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES



MADRID

DIRECCION DE INVESTIGACIONES Y RESTAURACION

DEL MUSEO NACIONAL DEL PRADO

1931

EL RENACIMIENTO.

Entrega 12. — 30 de Mayo 1847.

BELLAS ARTES.

ARQUITECTURA INDIA.

En nuestra «Ojeada á la historia del arte monumental» manifestamos el enlace que guarda la arquitectura de cada pais con su constitucion particular, sus creencias religiosas, sus leyes y su literatura: las ideas vertidas en aquel artículo necesitan de mayor desarrollo. Empezaremos fijando nuestras miradas sobre la India. Este pueblo que, al decir de Schlegel «ha llegado hasta nuestros dias como monumento viviente, como ruina del estado del género humano en su antigüedad mas remota» nos ofrece un campo ancho y despejado donde podremos apreciar á toda luz cada uno de los elementos que contribuyeron á la creacion y al carácter de sus vastas obras monumentales. Desde luego vemos en él un pueblo organizado sobre una creencia religiosa. Segun los indios, todos los espíritus que animan á los seres del mundo son almas desgajadas de un centro vivificador, de un alma universal, de un Dios; moran en la tierra para lavar manchas recibidas en una vida pasada, sufren á proporcion de las faltas que, encerradas en otros cuerpos, cometieron; pueden segun el estado de degradacion en que ahora vivan descender hasta la última série de los cuerpos organizados; y solo les cabe unirse de nuevo á su centro, cuando los seres que los contienen tengan la suficiente virtud para librarlos de toda impureza, para divinizarlos. Esta idea, en cuyo fondo descubrimos la de la caída del hombre, conduce á los indios á la creencia de la metempsícosis, creencia que tras largos siglos ha echado entre ellos hondas raices, y los ha llevado á la admision de sus últimas consecuencias. Solo esta firme

creencia podia eternizar la division de sus castas y levantar entre ellas una valla insuperable; solo ella podia hacerles ver en cada raza una nueva grada para la rehabilitacion de las almas y la espada de Dios en cada uno de sus intervalos.

La division de castas debia conducir forzosamente los indios á la teocracia. Los que menos distaban de su origen divino debian ser naturalmente los primeros en la escala social, los maestros y los señores de los que valian menos en el mundo. El sacerdocio no podia dejar de apoderarse de ideas que tanto le favorecian: tomólas como base, y levantó sobre ellas un imperio indestructible. Consignó sus derechos en los libros sagrados, é identificó su suerte con la de la Religion. Escribió junto á sus derechos los deberes de los príncipes, y obligó á estos á que los leyeran de rodillas al pie de los altares. Encerró en su seno todo lo que pertenecia á la inteligencia, y lo vinculó en la Teología, madre universal de los conocimientos humanos. Condenó á la ignorancia las castas inferiores. Procuró al fin hacer imposible el despotismo de los reyes, las revoluciones de las ideas y los grandes estremecimientos de las masas populares, fuerzas poderosas, que ya combinadas, ya cada una de por sí, podian algun dia desquiciar su imperio.

Constituida asi la sociedad, es evidente que debia dominar en ella la monotonía, la inmovilidad, el horror al progreso. En un pais en que todos los hombres desde los esclavos hasta los sacerdotes hallan sus deberes prescritos en las páginas inmutables de los libros divinos; en un

país en que la política, las artes, la literatura no son sino el reflejo de las creencias religiosas; en un país en que todo obedece á un mismo pensamiento no puede esperarse otro resultado mas natural, mas espontáneo. Esta es la consecuencia de todas las teocracias, esta es la consecuencia de la teocracia india.

Los hechos apoyan por otra parte lo que da de sí una rigurosa lógica. La pintura de los indios hecha hoy por los ingleses es igual á la que nos dejaron Abul-Fazil y los soldados de Alejandro. Veinte siglos atrás fueron descritas ya las mismas costumbres de hoy día, las mismas leyes, los mismos sacrificios, los mismos géneros de comercio, las mismas clases de industria. Permítase al indio que siga como siguieron sus mayores, y sufre con resignación todas las vejaciones anejas á una dominación estraña; prohibasele seguir el rigorismo de sus creencias, y se levanta fiero y bravo contra sus impíos opresores. Es en vano hablarle de la civilización moderna, de los adelantos de los siglos. He aquí porque le vemos mordiendo con impaciencia el freno de los mahometanos, y besando respetuosamente el yugo de los ingleses; he aquí porque ya seis siglos antes de Jesucristo le vemos combatiendo á Boudha que venia á predicarle la libertad y la igualdad, y haciéndole retirar vencido y humillado á las fronteras del reino.

Esta monotonía, esta inmovilidad, este horror al progreso dominan también en todos los monumentos. Sus piedras no reflejan el estilo de un artista, ni la mano del cantero, ni el pensamiento de un siglo: el artista es allí siempre el sacerdote, el cantero es allí siempre el pueblo. No hay sino echar una ojeada á los libros sagrados: en ellos están designados los lugares en que puede abrirse ó levantarse un templo, en que puede fundarse una ciudad, en que puede ser fabricado un palacio, en que debe ser construida una fortaleza para la seguridad de los magistrados. En ellos están minuciosamente detalladas las ceremonias para la purificación de los lugares. En ellos está fijada la distribución de cada uno de los edificios, las formas de cada una de las partes de que están compuestos, la disposición de cada una de las figuras, la construcción de los detalles mas insignificantes. No podrá esto parecer estraño á quien considere atentamente que el sacerdote ve un símbolo en cada figura, en cada grupo de columnas, en cada intercolumnio, en la forma de las bóvedas, en la del pavimento, en todo; que en los siglos medios de la Iglesia, en que, aunque no dejaba de ser grande el imperio del sacerdocio,

no podía sostener parangón con el de la India, fué prescrito por los Concilios todo lo perteneciente á la creación de las basílicas.

Hé aquí porque los templos de la India, ya abiertos en el seno de los montes, ya cortados sobre peña viva, ya levantados aisladamente en el espacio, presentan en general una serie de galerías y pequeños adoratorios en que el devoto Braman va sumergiéndose sucesivamente en un abismo sin fondo de misterios, para luego entrar en el gran templo, y concentrar allí su alma en la meditación, y llegar al fin al pie del Dhagob, lleno tan solo el corazón de un ardiente celo religioso; y en el interior de todas estas galerías y santuarios se ofrece constantemente un mundo de figuras que en todas partes presentan la misma actitud, el mismo contorno, la misma multiplicación de miembros, la misma severidad, el mismo conjunto; y junto á las capillas, ó en torno del templo, ó frente el monumento, se hallan siempre vastos claustros atestados de salas y retretes, ya morada de sacerdotes, ya abrigo de los innumerables peregrinos que van cruzando lentamente la India para hallar al fin de su penoso viaje por la tierra el mundo en que habita el alma universal, el centro del espiritualismo, el Ser Supremo. Es inútil querer apreciar por sus diferencias el siglo en que fué creado cada monumento: los mas profundos arqueólogos han visto hasta ahora estrellados todos sus esfuerzos contra la inmovilidad de tan grandiosa arquitectura.

Esta influencia absoluta del sacerdocio sobre las artes, nos conduce á otra consecuencia importante. Allá donde el artista tiene encadenado su genio, es indispensable que ponga todo su conato en la perfecta ejecución de sus obras; allá donde el artista debe atender tan solo á la ejecución de lo que otros concibieron, es forzoso que haga en su arte adelantos que rayen al fin en admirables: inducción forzosa, mucho mas en la India, donde los que trabajaban en la creación de sus monumentos estaban divididos en infinitas secciones, y cada individuo debía hacer de su género de trabajo la ocupación de toda su vida. Esta consecuencia sin embargo se ocultó á los ojos de muchísimos viajeros. Los mas de ellos, tras haber observado la monotonía de los templos y la grandiosidad de sus formas, y haber distinguido en todas partes el sello de la originalidad, no supieron concebir cómo habían podido manos indias dar tan delicado corte á los capiteles de sus columnas, á los relieves que cubren sus paredes y sus techos, á los graciosos arabescos de que están enriquecidas sus fachadas y muros ex-

teriores; y no sabiendo dar una esplicacion natural á las maravillas que veian; en el seno de las tenebrosas cavernas de la India, en medio de las mas raras y extraordinarias formas creyeron descubrir la mano de los griegos, el cincel de unos artistas que solo podian respirar bajo un cielo sereno y puro como el de su patria, y solo sabian ver en la naturaleza la hermosura y sublimidad á que aspiraban. A tamaños errores puede conducirnos el exámen de la arquitectura de un pais sin la antorcha de la filosofía.

(Se continuará.)

Madrid 27 de mayo de 1847.

Francisco Pi y Margall.

CRITICA MUSICAL.

Teatro de la Cruz.—EL DIABLO PREDICADOR, música de D. Basilio Basilio, letra de D. Ventura de la Vega.

Ademas de las diferentes canciones, tonadillas y zarzuelas que lleva ya escritas el Sr. Basilio, *El Diablo Predicador* es la segunda ópera que ha compuesto en español: su primer ensayo fué la ópera titulada *Los Contrabandistas*.

Sin desechar para el *Diablo Predicador*, en casos dados, el ritmo de la música española, sabiendo ocultar en otros, con mucha inteligencia bajo un barniz italiano, algunos de nuestros cantos populares, y enriqueciendo toda su obra con infinitas melodías originales y de buen gusto, el Sr. Basilio ha compuesto una obra digna de llamar la atencion de todas las personas imparciales é inteligentes. Esta ópera, está muy lejos de carecer de defectos, que á la sana crítica toca indicar; los tiene, como toda obra del ingenio, pero asi y todo merece nuestras alabanzas, tanto por lo mucho bueno que en ella encontramos, como por considerarla como un feliz ensayo de la ópera española. La demasiada inclinacion que demuestra á las modulaciones el maestro Basilio, destruye á veces el efecto de sus mejores pensamientos; ademas, esas mismas modulaciones no están siempre bien preparadas, algunos de sus repentinos cambios de tonos son de muy difícil entonacion, y el efecto tiende, por falta de los cantantes, entre los coristas sobre todo, á causar cierto desagrado en el oido. Recarga tambien en ciertos casos la instrumentacion al paso que en otros la armonía es algo pobre, y algunas de sus mejores combinaciones armónicas carecen de claridad, y esto redundando siempre en perjuicio de la buena ejecucion y desempeño. Al lado de estos ligeros defectos,

fáciles de corregir en un compositor de un talento tan claro, el autor del *Diablo* posee mil otras dotes, no siendo la mas pequeña su originalidad y travesura: de lo que otros carecen tanto, le sobra al Sr. Basilio, el ingenio.

El coro de introduccion,

En sus bodas Ludovico,

¡cuál ostenta su riqueza!

está escrito con intencion; hay mucha verdad en todo él, y contiene buenas canturías. Si no se hallase colocado al principio de la ópera, en los momentos bulliciosos de la llegada sucesiva de los concurrentes al teatro, este coro gustaria mucho mas. La entrada del padre guardian con Fray Antolin, está bien entendida, el padre y el lego se espresan en un estilo sencillo y propio de la situacion humillante y temerosa en que se encuentran.

El coro de muchachos

Muera el lego, ¡muera el lego

que nos quita la racion!

comienza muy bien; mas luego sigue en un movimiento precipitado que las coristas que lo cantan le quitan todo el efecto. Hay en él toda la animacion propia de la situacion; el ritmo marca bien la agitacion y viveza de la escena, pero nos parece un poco recargado de notas. Verdad es que las coristas, ni lo comprenden ni lo cantan.

Sobresale en la escena segunda un andante cantado por Octavia á quien responde Rugero desde el jardin. Nos parece que el compositor hubiera podido sacar mas partido del final de esta escena que concluye muy repentinamente y deja frio al espectador.

La escena tercera, que pasa toda en el infierno, y con la que concluye el primer acto, es la que mas se presta para que el compositor se detenga y dé suelta á su imaginacion. A pesar de lo mucho bueno que el maestro Basilio ha escrito para esta escena, quisiéramos, sin embargo, que toda ella fuera mas infernal, pues nos parece que tanto Luzbel como los diablos cantan demasiado religiosamente; por eso una de las cosas que mas nos agradan es el coro final de diablos

Acudan animados

porque en él vemos despertarse el humor infernal de los malignos espíritus. Weber en el *Frey-chuts*, y Mayerber en su *Robert le Diable*, han escrito en este género modelos dignos de imitar; algunos compositores franceses han seguido algunas veces con éxito sus huellas, y nuestro Gomis en el *Revenant*, tiene tambien una escena en el

infierno ideada y escrita de una manera nada comun.

El *salmo* con que empieza el segundo acto, es una de las piezas mejor escritas de toda la ópera, y por sí sola bastaria á acreditar á cualquiera compositor. Muy feliz ha estado el Sr. Basillii en su modo de entrar

Alzad los ojos al cielo

El colorido y estilo de toda esta parte son muy dignos de alabanza; lástima que el compositor, inclinado algunas veces á mostrarse demasiado *travieso* en sus giros, sobre todo en la parte instrumental, no haya tenido suficiente voluntad para concluir el *salmo* con la misma pureza con que lo empezó; todo él, sin embargo, es de grande efecto y digno de elogio.

Nos parece que entre el

*Prontito, que no quiero
que en mí pedradas lluevan*

que dice Fray Antolin, y el canto de los religiosos

Oh tú, Señor del cielo!

debieran mediar algunos compases indispensables para entrar sin violencia de uno á otro canto, tan diferentes por su estilo, ritmo, y entonacion: estos cambios repentinos y precipitados, que no están bien preparados, causan siempre cierto desagrado al oido.

En la pieza concertante

Es santo sí, no hay duda

ha intercalado muy oportunamente el compositor, las palabras de Fray Antolin

*¿Será de misa el padre
ó acaso será lego?*

Tiene luego Octavia una cavatina llena de sentimiento.

¡Oh Florencia! ¡Oh patria mia!

En este segundo acto, es donde Fray Antolin empieza á ser un personaje importante, pues en el primero, su papel es corto. Desde que aparece en el principio de la escena tercera, hasta el final de la misma, no tenemos sino elogios que prodigar al Sr. Basillii. Está salpicada toda esta parte de multitud de pensamientos frescos y originales llenos de gracia; el acompañamiento es tambien lindísimo. El coro de pobres tiene novedad, y las *escalas cromáticas*, aunque de difícil entonacion, tienen aquí un sentido verdadero, pues así como los *antropófagos* son los que mas usan las *escalas cromáticas*, no debe reinar tam-

co la mas severa y pura armonia en las exclamaciones de un enjambre de pobres *hambrientos* y *sedientos* que piden *pan* en nombre de sus *mugeres que están de parto*, de sus *hijos con tercianas*, de los *accidentes*, *porrazos* y demas miserias que les abruman.

¡Adios pollito mio!

¡Merienda regalada!

es un *andante* precioso y bien sentido, lastima que no se repita. El coro de ángeles es de buen estilo, y ganaria mucho si los angelitos que están dentro de bastidores, y que lo cantan, no se olvidasen que son ángeles, y se abstuvieran de chillar como unos verdaderos diablejos.

La pieza que mas sobresale en el tercer acto es el sermon de Fr. Antolin; en su género es de lo mejor que hemos oido. Precede á este sermon un diálogo entre Laura y el lego, bonitísimo y delicadamente escrito: el aria de Rugero es notable tambien, tanto por su melodia como por la gracia del acompañamiento.

El señor Basillii ha sabido evitar con feliz éxito el escollo de los recitados, y en esto ha dado una prueba de su buen tacto.

Entre las muchas dificultades con que habrá tenido que tocar para componer su ópera, no habrá sido la menor la falta de cantantes, pues fuera de Salas y Carrion era algo aventurado el encomendar el éxito de la música á los demas artistas españoles. Por esta misma razon, descartando la parte de Fr. Antolin, la ópera carece de piezas de desempeño.

D. Francisco Salas ha creado la parte de Fr. Antolin de una manera admirable. Ha sabido dar mucha expresion á las palabras que ha puesto el poeta en su boca, y traducir hábilmente los pensamientos del compositor. Como actor se eleva á una grande altura, como cantante no decae ni un solo momento en toda la ópera, y tan feliz se muestra en el canto sentimental de

¡Adios pollito mio!

como en la escena campestre con Luzbel y los pobres y perorata de su sermon. Carrion estaba muy ronco la noche en que le oimos, y solo con mucho trabajo y á fuerza de buena voluntad pudo salir adelante. La Scannavino canta con infinita gracia y soltura el papel de Laura, muchos cantantes españoles quisieran saber pronunciar el castellano como la jóven italiana. Becerra canta bastante arreglado la parte de Luzbel, si bien no saca todo el partido que pudiera. La señora Latorre estaba muy sobresaltada la primera

noche de su salida, y no pudo lucirse como debiera: nada queremos decir del Sr. Huguet.

Al *libretto* se le puede achacar la falta de detenimiento en algunas escenas, y de componerse muchas de ellas de diálogos repetidos; pero hay que tener en cuenta también, que se escribió para ser cantada, en general, la ópera por cantantes de segundo orden, y que esa misma rapidez de la acción salva la obra. En cuanto á la versificación, como no es lo mismo escribir un drama ó comedia para representarse, que un asunto lírico, y siendo este un trabajo nuevo y desconocido, puede decirse, para la mayor parte de nuestros poetas, claro está que el *libretto* del Sr. de Vega no carece de defectos, que no anotamos en este momento por falta de espacio. Al lado de esos lunares encontramos en compensación una versificación fácil, y adecuada muchas veces al canto.

De feliz agüero es para el porvenir de la ópera española el ver que escritores como Don Ventura de la Vega se ocupen en escribir *librettos*. Tanto este señor como el compositor de la música se han hecho acreedores al agradecimiento de todos los amantes del arte lírico español. Damos á uno y á otro el mas sincero parabien.

E. V. de Medrano.

SECCION LITERARIA.

HISTORIA DE UN ALBUM.

Si no estuviera de mal humor contaría á mis bellas lectoras, con mis lectores nada quiero, una breve y lamentable historia: y aunque de mal humor estoy, echando á la espalda mis penas, la historia voy á referir, con su introducción y su epílogo, aunque muy bien podría pasar sin epílogo ni introducción.

Era una mañana de abril, era domingo y 18: seis pulgadas de blanda nieve, la experiencia lo demostró, pesaban sobre los tejados; caían las canales á compás, el piso estaba cenagoso; ni un rayo de sol traspasaba el manto de apiñadas nubes que el horizonte oscurecía. Basta del tiempo. En una sala amueblada con poco lujo; fría, como un no; grande, como el campo que abre un sí, se veía una mesa de nogal, cubierta con un paño verde. Sobre el paño se descubrían libros de historia y de moral, comedias, novelas y poesías; EL ESPECTADOR Y EL HERALDO; el Diccionario de

la lengua y una traducción de LAS MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA; EL CONTRATO SOCIAL de Rousseau y el prospecto de los artículos de Balmes: un tintero de porcelana y arenilla en una caja de mariposas: un cortaplumas y plumas metálicas sin mango; pliegos y tiras de papel; guantes sucios y lacre verde, y junto á un estuche de afeitarse un bonito sello de cartas. Sentado á la mesa estaba yo. Basta de la mesa y de mí.

Sobre periódicos y libros, sobre cepillos y tijeras, estaba el estuche de un *album*; tan llevado ya y tan traído, que dejaba ver el color del terciopelo que guardaba, como deja ver el capullo sus ricos pétalos carmesíes al romper el verde botón.

Descuaderné el mugriento estuche y contemplé un *album* carmesí con cantos y cierre de oro, pero casi en tan mal estado como la mutilada caja. Lo abrí bruscamente, y creí que el *album* lanzaba una queja.

— ¿Te quejas? murmuré.

— Me quejo, respondió el *album*, con razón.

Me santigué dos ó tres veces al escuchar la voz del *album*, pero dando tregua al asombro volví á preguntarle:

— ¿Por qué te quejas tristemente?

— ¡Ay! Si tú conocieras mi historia.... repuso con el mismo acento.

— ¿Quieres contármela?

— Sí, escucha.

Presté suma atención, y el *album* prosiguió diciendo de esta suerte:

«Era yo en el año de gracia de 1844 un *album*, como todos los de mi especie, algunas páginas mas ó menos. No me detendré á enumerar cuántas manos blancas y suaves acariciaron mi cubierta hasta que pasé al pleno dominio de la mas seductora jóven que ha tenido un *album* jamás. El *album* y la flor de la vida se asemejan en cambiar mucho de colores, y mis hojas blancas no tardaron en recibir varios matices. Quien debía manchar la primera era un arcano para mí, arcano que se desvaneció bien pronto por voluntad de mi dueña.

»Un descendiente de D. Pelayo ó de un oso, se apoderó de mi persona, y me trasladó al gabinete de un poeta de veinte y dos años, admirador de Victor Hugo, y romántico como Antony. Apenas me vió entre sus manos, arrugó un tanto el entrecejo, me echó miradas furibundas, y abriéndome sobre su mesa, hasta hacer crujir varias veces mi elegante encuadernación, tomó con ímpetu una pluma, y escribió, cálamo corriente, ciento cincuenta endecasílabos, encomen-

dando en ellos la belleza encantadora de mi dueña; ya comparándola con flores, ya alzándola sobre los arcángeles, ya pintando el fuego de un amor capaz de dar vida á cien mundos, y de hacer brotar mil volcanes. Como no estaba acostumbrado á los arrebatos del genio, juro que temí por mi vida al sentir rechinar la pluma sobre mis hojas satinadas, como un afilado buril sobre una plancha de metal; pero mi susto se acabó con el último endecasílabo. En manos del mismo asturiano volví á poder de mi señora, la que debió quedar satisfecha del desempeño de mi misión, porque me estrechó contra su pecho y cubrió de besos mis hojas,

» Pasé en seguida á los estudios de pintores y de poetas; y aunque me dieron muy maltrato, ya con obras, ya con palabras, escribiendo unos malos versos, poniendo otros malos dibujos; cerraré mis labios, como un mártir, al maltrato de los estraños, pues una injusticia doméstica vino á arrancarme nuevos ayes, á causarme vivo dolor.

» Llegó una mañana, ¡ Dios mio, arrancadla de mi memoria! llegó una mañana, y mi dueña se apoderó de mí con aire de resolución y disgusto: yo pensé que iba á acariciarme, como tantas veces lo habia hecho, cuando de repente me abre, coje con sus dedos rosados mi primera hoja, la tantea, y con furia inaudita de un solo empuje me la arranca. Considera cuánto dolor sentiria al verme desmembrar; y como si no fuera bastante la pena de descuartizado, acercó mi miembro á una bujía, y en dos minutos poco mas, los ciento cincuenta endecasílabos y mi miembro se redujeron á pavesas.

» Por mas que examiné los pliegues de mi conciencia, siempre pura, no encontré pecado de heregía, y protesté contra el tratamiento de que acababa de ser víctima.

» Brotando sangre mis heridas pasé al estudio de un pintor jóven y no mal parecido, que puso en mi hoja veinte y nueve, un precioso retrato al lapiz. Volví á casa á los pocos minutos, y recibí tiernas caricias de la que dos ó tres horas antes me habia tratado con rigor. Entonces empecé á comprender porqué se me habia mutilado, y siguiendo mis observaciones averigué de un todo la causa, como lo diré en su lugar.

» El curso de mi vida ordinaria no varió en nada: recorrí varios estudios de pintores; pasé á manos de varios poetas; me enriquecí con bordados de pelo, y se eternizaron en mis hojas caligrafos de nombradía. Sufrí sonrojos, desazones, y aun puedo decir que tuve penas; pero pasaron

como pasan los pequeños males y bienes, dejando tan fugaces huellas, que era muy difícil descubrirlas.

» Una mañana, las mañanas eran fatales para mí, pasé á manos de un mayorazgo, muy en favor con mi señora; y despues de haber dibujado dos líneas sin ortografía, se puso á recorrer mis hojas, y encontrando el retrato al lapiz lo cortó con un cortaplumas á raiz de la encuadernacion y se lo guardó en su cartera. No necesito referir los dolores de una amputacion, por hábilmente que sea hecha, y asi me callaré los mios; pero lo que no he de callar es la catástrofe que me esperaba en el gabinete de mi dueña. Entré en él, no por propio pie, pero sí en manos de un cuadrúpedo; y... ¡nunca entrará! mi señora leyó con ansia las dos líneas del favorecido mayorazgo. Conforme las iba leyendo se iban elevando sus ojos, hasta formar completas ojivas, y terminada la lectura buscó con afan el retrato. Al hallarse sin él su aliento se hizo ronco como el del tigre; inflamáronse sus megillas, despidieron llamas sus ojos, y apoderándose de la hoja que contenia los dos renglones, la despedazó con sus uñas, la mordió con sus agudos dientes, y arrojándome sobre el pavimento estampó su pequeño pie sobre mi cubierta carmesí.... No me quejo de la hoja rota, de mis heridas ni dolores; el *album* lo mismo que el hombre ha nacido para padecer; pero sí me quejo de la afrenta. El pie de una dama sobre la cubierta de un *album* es lo mismo que la mano de un hombre sobre la megilla de otro; podrá causar grave dolor, pero lega mayor infamia.

» Aquí tienes sin pormenores mi triste y verdadera historia: llego á tus manos infamado y mutilado crudamente, porque tres amantes de mi dueña pusieron sus plumas ó sus lápices en mis cándidas y tersas hojas: cada sustitucion requería el penoso é injusto sacrificio de uno de mis miembros; la última produjo dos crueles catástrofes porque el mayorazgo escribió en tonto. Si eres amante de mi señora, ruégote, por Dios, que no escribas para que no sufra por tu causa una nueva desmembracion; y tengo derecho á reclamar alguna indulgencia de tu parte, porque te he contado mi historia.»

Dijo el *album*, lo contemplé en un doloroso silencio, y tomando en cuenta su demanda dejé en el tintero mi pluma.

Juan de Ariza.

EL CASTILLO DE TANCARVILLE.

LEYENDA NORMANDA DEL SIGLO XIII.

XI.

La Entrevista.

Al día siguiente muy temprano se presentó el tutor en la habitación de la joven huérfana, y después de hablarla largamente de la necesidad que tenía del apoyo de un hombre que administrase sus vastos dominios y los defendiese de las tropelías de vecinos ambiciosos y turbulentos, en aquellos tiempos de desorden y confusión, harto comunes en verdad, concluyó ofreciéndole su mano.

—No creo, añadió, que desconozca lo bien que os está mi proposición, y por tanto exijo que me contestéis sin demora.

—Señor, contestó la joven con firmeza, os tengo todo el respeto que debo al hombre á quien mi malogrado padre confió en su lecho de muerte el cuidado de mi infancia, pero permitidme decir, que aquí se limitan mis sentimientos para con vos. Soy demasiado joven, y no veo tan urgente la necesidad de pensar en elegir un esposo....

—Decid más bien, interrumpió violentamente el tutor, que hasta entonces se había contenido á duras penas, decid más bien, que ya le habeis elegido. ¿Pensáis que no sé la ruin inclinación que profesáis á ese miserable juglar que recoji en mi casa?—Pero dejemos estos altercados tan irritantes como inútiles, y preparaos á ser mía en breve. Tres días teneis de tiempo para decidir; y hasta entonces no llevareis á mal el que os confine en vuestra habitación.

—¡Ese plazo es inútil, contestó la joven con impavidez. Desde hoy os declaro que jamás seré vuestra!

—Lo veremos, señora, gritó el tutor echando espumarajos de rabia; y llamando á dos de sus más adictos criados, les mandó que no se separasen de la puerta del cuarto de la desgraciada niña, hasta nueva orden.

XII.

La torre del águila.

* Durante aquellos tres mortales días había tenido Arturo que contentarse con las escasas noticias que había podido proporcionarle el buen guardabosque, del cual afortunadamente no desconfiaba aun el señor del castillo.

Los lectores recordarán que Arturo había despedido á su padre al anciano bardo con una carta en que le suplicaba que fuese inmediatamente á Ruan á implorar de Felipe Augusto que viniera en socorro de la oprimida huérfana; pero por más presto que fuera el barón y por más favorable que se le mostrase el rey, habían de pasar aun bastantes días para que llegase el deseado socorro. Esto desesperaba al ardoroso joven, y más de una vez estuvo para presentarse en el castillo; echar en cara al malvado tutor su felonía, y retarle á singular combate; más considerando que aquel hombre, en cuyo corazón no había ni un solo instinto generoso ni un solo sentimiento caballeresco, no haría el menor caso de su provocación, y lejos de esto lo privaría de su libertad impidiéndole de este modo velar sobre la suerte de Heloisa, deter-

minó contenerse y esperar. Sin embargo, ora bajo uno, ora bajo otro disfraz, rondaba en las cercanías del castillo continuamente á fin de estar más cerca de su amada, y saber más presto las noticias que se procuraba el fiel Jorge. Este hombre, tan valiente como adicto á ambos jóvenes, casi no salía del castillo: mostrábase acérrimo partidario del señor de Harcourt en sus conversaciones con los demás criados de la casa, atrayéndose la animadversión de la mayor parte, que detestaban en secreto al tutor y compadecían la suerte de su joven señorita.

Transcurridos los tres días del plazo señalado por el tutor, se presentó éste en el cuarto de la joven, y viéndola firme en su negativa mandó á sus satélites que la condujesen á la torre del Águila; situada al Este del castillo y tan cerca del Sena que era bañada por sus olas, amenazando á aquellos viles ejecutores de su voluntad con los mayores castigos si permitían á la joven la menor comunicación con las gentes de afuera.

XIII.

El Trovador.

Dos días enteros permaneció la joven con el rostro pegado á la reja de la ventana que daba al río. Un secreto presentimiento le decía que su amado velaba por ella, y la esperanza de verlo llegar en breve á libertarla sostenía su valor. Cada vela que descubría surcando las amarillentas ondas del Sena le parecía que conducía á su salvador; pero una tras otra pasaban las barquillas sin detenerse ni un solo instante enfrente de su horrible prisión, y cada una de ellas se llevaba consigo una esperanza de la huérfana.

Al fin del tercer día, sucumbiendo la infeliz á su desaliento, se arrojó sobre la paja que le servía de lecho, decidida á dejarse morir, ya que el cielo y su amante mismo la abandonaban. Aquellos días de insomnio y angustias habían agotado sus fuerzas y se quedó profundamente dormida durante algunas horas. Al cabo de este tiempo despertó sobresaltada: hábale parecido oír entre sueños la voz de Arturo entonando suavemente uno de aquellos cantares que en días más felices había oído tantas veces al gentil trovador. El silencio era solo interrumpido por el sordo murmullo de las aguas del río, que venían á besar blandamente el pie de la torre: la plateada luz de la luna penetrando al través de las barras de la ventana, iluminaba con sus plácidos rayos el lóbrego calabozo. La joven había soñado con lo que tanto deseaba; pero al despertar se hallaba otra vez sola con sus penas y su amor. Más desalentada aun que antes al ver desvanecerse su esperanza, volvió á arrojar en el miserable lecho en donde se había incorporado; pero ¿qué escucha? ¡oh! ahora no le queda duda: es la voz de su Arturo la que suena al pie de la torre. Incorpórase de nuevo — aplica el oído, dudando aun del testimonio de sus sentidos, y temblando á la idea de ver otra vez burlada su esperanza — pero no hay duda — es él — ¿quién otro podría dirigirla aquella sentidísima trova?

¿Duermes, duermes, amor mío?
—¿Duermes y olvidas tu amor?
—Despierta que soy tu amante,
Soy tu fino trovador — ...

Precipitose á la ventana la joven.
—¡Arturo! ¡bien mío! ¿eres tú?

— Sí, Heloisa, yo soy. He estado ausente estos tres días. He ido á Ruan; mas no he podido ver al rey. Empero, mi padre me ha dicho que le habia ofrecido venir en persona en nuestro socorro. Y tú, dime, amada mia, ¿has sufrido mucho?

— Todo lo olvido puesto que vuelvo á gozar de la dicha de verte y escucharte.

— ¡Oh! ¡Quién pudiera estrecharte entre los brazos! — Pero, bien mio, debo retirarme. Permaneciendo aquí por mas tiempo me espongo á ser descubierto y tal vez lo perderíamos todo.

— Sí, sí, Árturo mio; vete... ¿volverás mañana?

— ¡En cuanto anochezca! ¡Adios angel mio!

— ¡Adios!

(Se continuará.)

J. Heriberto García de Quedo.

ESTANGIAS.

Sí clamo á tí, Señor, ¿no has de escucharme
Tú, de quien es la inmensidad oído?
¿Tú que la hirviente mar has contenido
No has de poder el corazón calmarme?
¿Un átomo de luz no podrá darme
Ese que tantos soles ha encendido!
¡Pues cómo has de dejar, Señor, mi vida
¡Ay! ciega, y sin consuelo y desoida!

Yo me acerco hoy á tí; yo estoy contigo:
Sumiso el corazón tengo á tu lado,
Pasión y orgullo y penas han callado,
No hay mas que fé por tí, no hay mas conmigo.
Ordéname... una voz, y yo te sigo...
¿Qué me quieres decir, qué me has hablado,
Porqué mi ruda y tarda inteligencia
No basta á percibir tu dulce esencia?

Yo que te adoro á tí desde la infancia,
Yo que te busco en incansable anhelo,
Yo que mas que á la tierra miro al cielo,
Yo que á tu gloria aspiro en mi constancia,
¿He de perder, Señor, por la ignorancia
De no entender tu voz tu gran consuelo;
He de ofenderte, he de labrar mis penas
Por no escuchar bien claro qué me ordenas?

Mas tú no hablas jamás; no por acentos
Tu voluntad al universo explicas;
Tienes en tu saber notas mas ricas
Para expresar tus altos pensamientos;
Hablan por tí, Señor, los sentimientos
Con que alegras el alma ó mortificas
Y yo en ese lenguaje he comprendido
Que me pides querer y te he querido.

¡Tú me pides amor, amor constante,
De agradecido pecho justo pago,
Tú que una vida das por un halago
Tú de la humanidad eterno amante!
¿Y antes quieres, Señor, que el alma errante
Se fatigue de error en error vago,
Que tener por consuelo en este mundo
Cariño tan dulcísimo y fecundo?

Aquí abajo del mundo habitadora
Dicen, Señor, que hay una docta gente
Que no te reconoce, no te siente,
Que no te admira, que jamás te adora.
Que no te rinde gracias ni te implora
En el placer, en el dolor vehemente;
Mas fábula del mundo es torpe y vana,
Porque no puede haber tal raza humana.

Pues al darnos la luz belleza tanta
Como á su inmenso rayo percibimos
¿Ignoramos, Señor, que la debimos
A un Ser que desde el polvo nos levanta?
Tu grande magestad suprema y santa
Nuestros ojos no ven, mas la sentimos;
El genio puede errar cuando te niega
Pero no el corazón cuando te ruega.

Existes, y las gentes lo entendemos,
Desde la misma cuna te adoramos
¿Mas sabes porqué luego te olvidamos?
Por malicia, Señor, porque tememos.
No nos place tener jueces supremos
Porque mejor sin leyes nos hallamos,
Y antes que resignarnos á la pena
Negaremos al Dios que nos condena.

Pero yo que te amé desde la infancia,
Yo que te busco en incansable anhelo,
Yo que mas que á la tierra miro al cielo,
Yo que á tu gloria aspiro en mi constancia,
Acudo á tu saber en mi ignorancia,
Acudo en mi allicion á tu consuelo,
Y es tal la fé con que te ruega el alma
Que en esta misma fé logra la calma

(1844.)

Carolina Coronado.

REPUBLICA DE ARTES Y LETRAS.

El pianista cubano Sr. Desvernine, tan conocido en los círculos filarmónicos de Madrid, ha dado ultimamente un concierto en París. Ha sido muy aplaudido, y sus composiciones sobre motivos de la *Norma* y *Lucia* han agradado sobremanera.

El célebre compositor Berlioz, que viaja actualmente por Rusia, ha conseguido en San Petersburgo un grande éxito.

La emperatriz asistió á su primer concierto, y concluida la primera parte de *Faust*, que el público habia aplaudido con el mayor entusiasmo, S. M. hizo llamar á Berlioz y le dirigió la palabra en los términos mas lisongeros. Al concluirse el concierto los individuos de la orquesta se levantaron y victorearon al compositor, ovacion en la que tomó parte tambien toda la brillante y escogida concurrencia.

Habiendo manifestado el gran duque, heredero del trono, los mas vivos deseos de volver á oír la *marcha triunfal*, Berlioz dirigió la ejecucion de esta composicion en la gran fiesta musical de los Inválidos. Sus dos primeros conciertos le habian producido mas de 30.000 francos.

ESTAMPA DE ESTE NUMERO.

SAN FERNANDO.

invent. y lit. por D. F. DE MADRAZO.

Imp. de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.

COLABORADORES HABITUALES DEL RENACIMIENTO.

seccion de bellas artes y arqueologia.

HISTORIA Y CRÍTICA DE LAS BELLAS ARTES: D. Valentín Carderera, D. Pedro de Madrazo, D. Francisco Pi Margall.

ARQUITECTURA: D. Antonio de Zabaleta.

MÚSICA RELIGIOSA: D. Santiago de Masarnau.

CRÍTICA MUSICAL Y LITERATURA HISTÓRICA DE LA MÚSICA: D. Eduardo Velaz de Medrano.

ESTATUARIA: D. José Siro Perez.

ARQUEOLOGIA, TRAGES, MUEBLES, etc.: D. Valentín Carderera, D. Manuel de Assas Castillo, D. José Siro Perez.

seccion de literatura.

CRÍTICA LITERARIA Y DRAMÁTICA: D. Eugenio de

Ochoa, D. Jacinto de Salas y Quiroga, D. Buenaventura Cárlos Aribau.

AMENA LITERATURA, NOVELAS, CUENTOS, POESÍA, etc.: D. Buenaventura Cárlos Aribau, Don Eugenio de Ochoa, D. Pedro de Madrazo, D. Jacinto de Salas y Quiroga, D. Heriberto García de Quevedo.

República de artes y letras.

Todos los colaboradores indistintamente.

Ejecutarán las litografías y dibujos para grabar D. Cárlos Luis de Ribera, D. Joaquin Espalter, D. Federico de Madrazo, D. José Mendez.

Grabarán: D. Manuel Burgos, D. Calisto Ortega.

ARTISTAS

CORRESPONSALES DEL RENACIMIENTO EN LAS PROVINCIAS Y FUERA DE ESPAÑA.

Sr. D. Antonio Solá.

Sr. D. Ponciano Ponzano.

Sr. D. Pelegrin Clavé.

Sr. D. Manuel Vilar.

Sr. D. Pablo Milá.

EL RENACIMIENTO

se publica todos los domingos, y cada número va acompañado de una estampa.

Cada medio año formará un tomo.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este periódico, que empezó a publicarse el 14 del mes de marzo, se encarga de cubrir las suscripciones al BOLETIN ESPAÑOL DE ARQUITECTURA pendientes en la fecha de su aparición, hasta completar el importe de aquellas.

Precio 12 rs. al mes en Madrid y **14** en las provincias franco de porte. No se espenderán estampas ni números sueltos.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán, francas de porte, a la redaccion calle de Lope de Vega, núm. 4, cuarto 2.º de la izquierda.

Se suscribe en Madrid en las librerías de Monier, Cuesta, Viuda de Sojo, Gaspar y Roig, calle del Príncipe, y Razola, calle de la Concepcion Gerónima.

EN LAS PROVINCIAS.

Albacete, Nicolás Herrero Pedron.
Alicante, Juan José Carratalá.
Almería, Joaquin María Gomez de Barragan.
Almansa, Marcelino Navarro.
Alcoy, Francisco Cabrera.
Arenas de S. Pedro, Antonio Sanchez Ocaña.
Aranda de Duero, Cayetano Marin.
Alcántara, Raimundo Montenegro.
Algeciras, V. Monet.
Alcazar de S. Juan, José Antonio Vazquez.
Almaden, Felipe García Casasola.
Almagro, Miguel Calvo.
Alhama, José María Serrano.
Aracena, Alberto de Soto.
Andujar, Juan Roman.
Alcalá la Real, Faustino Vigas.
Astorga, Baltasar Calzado.
Antequera, José María Gimenez Ochoa.
Alcañiz, Miguel Evaristo Buil.
Alcira, Luis Ballesteros y Pepiol.
Almunia, Anselmo Lacaza.
Aranjuez, Juan Cordon.
Avilés, Sr. admor. de correos.
Badajoz, D. J. Codes.
Barcelona, Ildefonso Rús.
Baeza, Sres. Viedma y compañía.
Burgos, Ambrosio Hervias.
Berja, Ramon García Calonge.
Barco de Avila, Benito García.
Baena, Toribio Barrio.
Batalozos, Santiago Savino Guerrero.
Baza, Manuel de Tauste.
Barbastro, Felipe Lafita.
Bejar, Leoncio Miranda.
Burgo de Osma, Juan Martirena.
Benavente, Diego Eduardo Perez.
Bilbao, Sres. Delmás é hijos.
Belmonte, Francisco Lafaro de Refar.
Cáceres, Manuel María Muro.
Cádiz, Fernando Feduchy.
Castellon, José Royo.
Ciudad-Real, Vicente Serrano.
Córdoba, Rafael Mariano Pabon.
Coruña, Antonio Fernandez Veiga.
Cuenca, Amalio Ayllon.
Ceuta, J. Cortés.
Chiclana, José Muñoz.
Cazorla, Bonifacio Isicio Ruiz.
Calahorra, Benigno Lopez de Arceo.
Coin, Juan Salgado.
Carballino, José María Viviera.
Carrion de los Condes, Simon Cordero.
Ciudad-Rodrigo, Tomás Torres.
Carmona, Francisco de P. Novó.
Calatayud, Bernardino Azpeitia.
Castro-Urdiales, Mateo Martinez.
Cañete, Isidoro Escamilla.
Caravaca, Juan Egea y Buenafé.
Cartagena, Francisco Montegrifo.
Cangas de Onis, Miguel Lamas

Cangas de Tineo, Genaro Reguerin.
Cieza, Francisco García Marin.
Denia, Sres. Vignau hermanos.
Dueñas, Tomás Cuadros.
Ecija, Pedro José Vazquez.
Elche, Matias Santa María.
Ferrol, Nicasio Tajonera.
Falset, Cándido Olives.
Fraga, Miguel Allué.
Gibraltar, Ignacio María Ramos.
Gerona, Ambrosio Surmané.
Granada, Tomás Astudillo.
Guadalajara, Miguel Perez.
Gandia, Andrés Valdovi.
Gandia, José Aguilera.
Haro, Domingo Zaldiviana.
Huelva, Francisco Lopez Moreno.
Huesca, Sra. viuda de Galindo.
Huescar, Joaquin Ruiz Dios Ayuda.
Hellin, Antonio Lopez Campillo.
Huete, José Olmedilla.
Igalada, Joaquin Abadal.
Jaen, Juan María Tauret.
Jorquera, Ramon Ortega.
Jerez de la Frontera, José Bueno.
Jaca, Agustin Gavin.
Játiva, Blas Bellver.
Leon, Valentin Bustamante.
Lérida, Faustino Paris.
Logroño, Domingo Ruiz.
Lugo, Miguel Palacios.
Llerena, Miguel de Torre.
Loja, Francisco de P. Lora y Berdejo.
La Mota, Máximo de Vega Ballesteros.
Lorca, Cristóbal M. de Ayala.
Málaga, José del Rosal.
Murcia, Ramon Alix.
Mérida, José Aranna.
Miranda de Ebro, Francisco Herranz.
Medina Sidonia, Francisco Ropo.
Monilla, Angel Ortega.
Motril, Cristóbal Herrera.
Moguer, Francisco Delgado y Sotelo.
Mondónedo, Francisco Delgado.
Moron, Juan N. Escacena.
Madridejos, Lorenzo Rosado.
Medina del Campo, Juan de la Vega.
Murviedro, Manuel Avacil.
Motilla del Palancar, Matias Ramon Tintero.
Osuna, Victor Montero.
Orense, Ignacio Saenz hermano.
Oviedo, Rafael Cornelio Fernandez.
Ocaña, Vicente Calvillo.
Palencia, José María Pastor.
Pontevedra, Nicolás Francisco Andrade.
Piedra-hita, Eustaquio Recio.
Plasencia, Ramon Rodriguez Leal.
Pozo blanco, Andrés Eloy Peralbo.
Priego (Córdoba), Manuel de Codes.
Pamplona, Fermin Gainza.

Puerto de Santa María, José Valderrama.
Priego (Cuenca), Leoncio Gonzalez Lozano.
Palma (Mallorca), Juan Guasp.
Quintanar de la Orden, José Lirio y Resa.
Rivadeo, Eleuterio Acebi.
Ronda, José Bucetin.
Reus, Pedro Domingo Castelló.
Rioseco, Jacinto M. Amo.
Reynosa, Francisco Perez.
Requena, Gregorio Cañete.
Salamanca, Francisco Morales.
Santa Cruz de Tenerife, Juan P. Alba.
San Roque, Juan Manuel de Navias.
San Sebastian, Joaquin Echague.
Santander, Clemente María Riesgo.
Segovia, Vicente Gonzalez.
Sevilla, Juan Antonio Fé.
Soria, Francisco Perez Rioja.
Segorbe, Manuel Garbins y Font.
Santiago, Ramon Taboada.
Sigüenza, Baltasar Pardo.
Seo de Urgel, Pedro Casasayas.
Solsona, Juan Burquets.
Santo Domingo la Calzada, Bernardo Cenzano.
San Fernando, Francisco Diaz.
San Lucar, José María Esper.
San Mateo, Juan Bautista Arago.
Sepúlveda, Casto Gil.
Tarragona, Jaime Ferrer.
Teruel, Sres. Llorente, Zapater y Carvajal.
Toledo, Nicasio Escudero.
Trujillo, Vicente Hernandez.
Tuy, Martin Barcelona.
Tortosa, Francisco Castelliz.
Talavera la Reina, José Antonio Romero.
Toro, Mariano Benavides.
Tolosa, José Miguel de Lalama.
Torre la Vega, Simon Benedi.
Tarancon, Bernardo Salinas.
Valladolid, Toribio Batalla.
Valencia, José de Orga.
Vitoria, Melchor Carpintero.
Vera, Juan Garrido Ruiz.
Villanueva la Serena, Antonio Grande.
Velez Rubio, José Perez Olivares.
Vinaroz, Francisco Poy.
Ugijar, Francisco de Paula Ruiz.
Ubeda, Blas Antonio Franco.
Villafranca del Bierzo, Isidoro Armesto.
Vivero, N. Mora, Administrador de correos.
Velez Málaga, José María Laso de la Vega.
Verin, Gregorio Moreno.
Vigo, José Sotero.
Villacastin, Timoteo Gonzalez Quijano.
Vergara, José Undiano.
Villafranca de Panades, Feliz Alegret.
Vich, Ignacio Valls.
Zamora, Manuel Conde.
Zaragoza, Manuel Lopez.